

Proezas y desatinos. Una imagen de la diversidad

RICARDO SÁNCHEZ LAMPREAVE

1 ¿Podemos seguir pensando, con Walter Benjamin, que la ciudad es una suerte de libro en el que poder leer la historia?

¿Podemos hacerlo, ahora que vemos culminar el proceso de desaparición de la ciudad moderna como tejido urbano inseparable tanto del espacio público de intercambio de argumentos y mercancías como de la escena civil de los derechos de ciudadanía, ahora que asistimos a la medievalización territorial que anunciaba Umberto Eco en *La estrategia de la ilusión*? Sabemos que en las ciudades se condensa, precipita y hace visible la gran transformación moderna europea. Por eso no creo que resulte retórico proponer esta nueva invitación a la lectura urbanística de una ciudad que siempre ha ofrecido sus mejores capítulos exigida por la importancia de sus acontecimientos sociales. Basta pensar, incluso si aún lo quisiéramos hacer en términos benjaminianos, cómo su espacio público ha sido el escenario de una ordenada vida burguesa sobrepuesta a las contiendas con los que pugnar, desde las revueltas del siglo XIX, por el derecho al disfrute del espacio que habían conseguido construir con su trabajo. Basta recordar su modélico ensanche, el paradigma de todas las estrategias urbanísticas del XIX, como resultado de la necesidad de, precisamente eso, un "ensanchamiento" de las avenidas para que nadie encontrase en ellas la ocasión de atrincherarse. En este sentido, fue bien significativa aquella corrección de Manuel Solà-Morales a Leon Krier en las páginas de *Arquitecturas bis*: "Querido Leon: ¿por qué 22 x 22?", explicando que es la intersección de calles la que define el Ensanche de Barcelona, y no la manzana edificada.

2 Han pasado trece años desde que la revista *Arquitectura* que dirigían Fernando Porras y Federico Soriano dedicara el cuaderno central de su segundo número a Barcelona.

En aquel número de 1991, el paseo fotográfico de Javier Campano mostraba una Barcelona en obras, avanzadas ante la inminencia de su cita olímpica. Unas fotografías que Josep Quetglas y Antonio Sanmartín acompañaron con comentarios muy diferentes. Las "noticias inesperadas" de Quetglas —el regate que cabía esperar— se movieron entre la arquitectura de la que era atrevido hablar y otra de la que había que atreverse a dejar de hacerlo, adelantándose él a dar unos pocos nombres para ambas osadías. Los de Sanmartín fueron comentarios, por el contrario, bien descriptivos. Bastaba la ordenada enumeración de operaciones urbanas previstas para percibir la voluntad de aprovechar una oportunidad única para abordar la transformación de la ciudad. Desde las intervenciones en las estructuras urbanas de los sistemas locales (las operaciones puntuales de plazas y jardines, las de esponjamiento con nuevos espacios urbanos y parques, y las derivadas de reflexiones sobre la movilidad y los flujos) hasta las de los sistemas generales (la modificación del sistema ferroviario, la ordenación del subsuelo y la construcción de los Cinturones de Ronda y sus conexiones locales), pasando por la consiguiente definición de Áreas de Nueva Centralidad localizadas en las olímpicas articulaciones entre los distintos sistemas generales y tejidos urbanos locales.

La sensación que transmitía aquella interminable enumeración, la misma que luego hemos podido comprobar y disfrutar todos, era la de una hazaña que había logrado transformar sustancialmente la ciudad. Bastaba reparar, por ejemplo, cuánto se había modificado el sistema ferroviario o cómo se habían concretado los Cinturones de Ronda para llegar a poder rodear la ciudad, para constatar el alcance de los objetivos concernientes a las infraestructuras. Tanto que las viviendas y los equipamientos nuevos (el Auditorio, el Teatro, el Archivo, el Hospital, el Puerto), o los programas culturales del Liceo, el Macba, el CCCB, el Palau, la Fundación Tapiès, el Museo Picasso..., siendo tan imponentes, quedaron difuminados ante el logro urbano, ante la ciudad así transformada.

No resulta difícil situar o comprender todas aquellas operaciones en un contexto ejemplar, presidido por el orgullo y la sensibilidad hacia la ciudad. Quizá semejante, en la certeza de su pujante seguridad, al de la ciudad de Berlín, referencia de capital importancia para la cultura arquitectónica, no sólo por el valor que adquirieron algunos episodios de su formación histórica sino, sobre todo, por haber sido un fundamental campo de experiencias para la arquitectura moderna, empeñada también entonces en su reconstrucción, con aquel IBA de 1987 que aprovechaba la oportunidad de su 750º aniversario.

3 Desde entonces, hemos podido venir certificando cómo la ciudad contemporánea, gracias a su estructural indeterminación, escapa a los inten-

tos de comprensión y de interpretación totalizadores, también de sus habitantes. No sólo son débiles los modelos de referencia necesarios para descubrir un eventual orden escondido, sino que éstos son sobre todo múltiples, no siempre coherentes y a menudo variables y efímeros. Pero las fracturas y las diferencias ya no constituyen una patología, una pausa o una excepción. Los modelos unitarios del pasado, fundamentados en una fuerte racionalidad y en órdenes preestablecidos, traslucen visiblemente su crisis y, junto a ella, la debilidad de los proyectos basados en ellos.

La Barcelona del Fórum ha adoptado otra estrategia urbana: frente al concienzudo proyecto urbano en el que el resultado de los distintos proyectos, al margen de su particular fortuna, quedaba siempre amparado por una imagen conjunta de ciudad fuertemente caracterizada, se ha antepuesto la voluntad de la urbanización, de llevar la Diagonal hasta el mar, con una fórmula que, a pesar de haber transcurrido sólo unos pocos años, reconocemos tan perfectamente contemporánea como distinta de la anterior. Por más que ciertas características se hayan mantenido o evolucionado, el urbanismo empleado ahora es parcial y fragmentario, compuesto por edificios autónomos firmados por arquitectos globales, justificados uno a uno por las infraestructuras necesarias. Vuelven a ser éstas las protagonistas, pero matizadas: han pasado de ser el objetivo principal, por transformador, a ser las promotoras de un difuso e inacabado *collage* urbano.

Por mucho que Barcelona haya querido equiparar el desahogado estatuto de sus nuevos deseos con el problema de sus necesidades, otorgándoles igual dignidad y peso en la orientación de sus reflexiones, la diferencia entre ambos sumandos ha evidenciado la fragilidad de los primeros: mientras que las necesidades están conceptualmente centradas en la respuesta, requieren determinación, los deseos se dirigen al conocimiento y definición de la demanda, por fuerza más imprecisa y cambiante. Vista así, la que representa el Fórum resulta una apuesta más difícil y arriesgada, cuanto menos por doble. Si la consecuencia es la obtención de una nueva autonomía para la arquitectura, si el protagonismo pasa de las infraestructuras a los edificios (ni siquiera a sus programas), ahí están los resultados. La arquitectura, con estas nuevas reglas, cada día más, tiene la ineludible responsabilidad de tener que construir los mejores edificios, por más que otros marquen las cartas.

La desnudez, orfandad y desamparo que despiertan estos edificios del Fórum, expuestos a ser juzgados con los cánones más superficiales, quizá incapaces de serlo de ninguna otra manera, parecen abandonarlos a los movimientos especulativos del mercado. Este tipo de ciudad les resta toda su potencial efectividad, les aboca al fracaso. En el mejor de los casos, el mercado los reduce, para su escarnio, a la condición de piezas de museo, de obras de arte, asomando como única alternativa aquella otra de la que imagino también hubieran querido huir, su interpretación. Se estaría cumpliendo así, inexorable, la undécima de las *Tesis sobre Feuerbach*: cuando los filósofos, los arquitectos esta vez, se dedican a interpretar el mundo es porque habrán fracasado todos los intentos de cambiarlo.

Sin embargo, cómo negarlo, la gran utilidad de esta forma de ciudad, la definamos como la definamos, está en seguir permitiendo relacionar significativamente las transformaciones del espacio construido, de la ciudad y de la experiencia urbana con los cambios sociales y culturales de la sociedad contemporánea. Es sintomático que esta imagen de lo fragmentario e indeterminado esté acogiendo y retratando el ensalzamiento de la diversidad con que el Fórum se ha anunciado y ofrecido. Lo es porque durante gran parte de la modernidad, habiendo sido otra bien distinta la imagen ambicionada para la ciudad, la batalla del pensamiento progresista ha consistido en reivindicar la igualdad fundamental de sus habitantes, más allá de sus diferencias. Los avances sociales han consistido durante dos siglos en pasos hacia la igualdad efectiva de los tenidos por irreductiblemente diferentes: el problema era igualar los derechos, y no constatar los hechos. Por muchos inminentes apretones de manos distintas que los grafistas hayan conseguido dibujar, antes que diversas son manos, y lo que deberíamos estar celebrando es la igualdad que obliga a estrecharlas. En esto siempre acaba resonando la sabiduría con que Aldo van Eyck diferenciaba en la vivienda estas dos actitudes: "Lo que debemos buscar, en lugar de prototipos que sean interpretaciones colectivas de pautas individuales, son prototipos que posibiliten interpretaciones individuales de las pautas colectivas".



PLANO Y FOTO AÉREA DEL ECO PARQUE DE IÑAKI ÁBALOS Y JUAN HERREROS EN EL FORUM DE BARCELONA. AL ESTAR ÉSTE EN FASE DE CONSTRUCCIÓN, LA FOTO AÉREA QUE PUBLICAMOS NO FORMA PARTE DEL REPORTAJE QUE LOURDES JANSANA HA REALIZADO.

